

Méndez, Á. (2013), *Festín del deseo. Hacia una teología alimentaria*. México: JUS. 296 pp.

## Reseña de Libro

Por

**Juan Granados Valdéz\***

Universidad Autónoma de Querétar

Con alguna frecuencia sucede que una serie de experiencias llevan a pensar que nada nuevo puede ocurrir, y menos nada que sea mejor que lo que ya fue. Durante mi formación profesional el ánimo exultante inicial fue decayendo conforme los semestres se sucedían y los profesores se repetían. Hube de esperar a que una oportunidad de trabajo propiciada me introdujera en un campo que nunca concebí seriamente como importante. Y bueno, no puede concebirse algo seriamente si es tan cotidiano, tan de diario, que hasta pasa desapercibido. ¿Quién, de veras se ha preguntado la razón profunda por la que se lleva lo que lleva a la boca para ingerirlo? Y no digo que no pueda adelantar una respuesta esa prescriptiva cuasi militar llamada nutrición. Queda claro, pensándolo un poco, que la comida o el alimento, no sólo nutre, nos mantiene en la vida. Además, y por otro lado, si de la nutrición se trata, ésta no sólo se da en el ámbito digestivo. No sólo nos llevamos comida a la boca. “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4, 4), dice el Evangelio. “La ilusión no se come [...] pero alimenta”, dice el coronel de *El coronel no tiene quien le escriba* de Gabriel García Márquez.

Ocurrió que, interesado como estoy en asuntos de gastronomía, en una de esas tantas veces que vagaba entre los pasillos de una librería, habiendo ya pasado, o por pasar, no lo recuerdo bien, revista a los estantes dedicados a tan egregia área de conocimiento –porque lo es muy a pesar de algunos que la consideran un tema menor, a diferencia de otros que, se dice, curiosamente después de una cena y al calor de unos tragos, son de vanguardia, como la vida y la obra de un pensador galo; decía, después de no encontrar nada nuevo en la sección de gastronomía, me dirigí a la de filosofía. Una palabra, *Festín*, en una pasta azul, llamó mi atención. Se trataba del libro de Ángel Méndez Montoya. Su título completo terminó por convencerme: *Festín del deseo. Hacia una teología alimentaria*. Las breves presentaciones

\* Licenciado en Filosofía, Maestro en Arte contemporáneo y sociedad, Doctor en Artes. Universidad Autónoma de Querétar, México. E-mail: [juan.granados@uaq.mx](mailto:juan.granados@uaq.mx)

de Fergus Kerr, de la Universidad de Edimburgo, y James Alison, de Sao Pablo, incluidas en la contraportada, incentivaron mi interés, si bien sería mejor decir, aumentaron mi antojo. Llevaba en las manos, ya no recuerdo qué libro, que, ante tan grato descubrimiento, dejé por ahí, en cualquier lugar. La obra se me había impuesto por la novedad que representaba. Como señala Ángel Méndez, algunas páginas, permítaseme decirlo así, ya habían sido publicadas en la revista *Concilium*.

Para hablar, empero, de un libro no sólo se lo hace de su tamaño, 23cm de alto, ni de su número de páginas, 204 sin incluir la del índice y el colofón. Tampoco podría zanjarse la reseña mencionando que lo edita la editorial JUS en su colección *Conspiratio*, ni que lo prologa Francisco Prieto y lo traduce Leslie Pascoe Chalke. Tampoco será suficiente con destacar que el libro *Festín del deseo. Hacia una teología alimentaria* cuenta con una introducción, cuatro capítulos (a saber, “La elaboración del *molli* y el proceso de creación de una teología alimentaria”; “Saber/Sabor: el gusto y el eros cognitivo”; “Ser alimentado: la importancia de la cuestión alimentaria” y “Compartir el cuerpo de Cristo y la teopolítica de superabundancia”) y una conclusión, además de decenas de páginas de notas, citas y aclaraciones de cada uno de los elementos constitutivos de esta teología alimentaria. Vaya, de eso se entera una con una hojeada rápida.

Para reseñar más bien quisiera llevar a cabo lo que los cocineros y estudiantes de gastronomía llaman *mise en place*, es decir, agrupar los ingredientes y los utensilios necesarios previamente a elaborar un platillo. Aunque no he de acabar de hacerlo. Esta elaboración del platillo no es sino el diálogo, a solas con el libro cuando se pueda iniciar su lectura, que se pueda entablar con Ángel Méndez Montoya. Dicho diálogo corresponderá a ustedes lectores. Lo que yo haga de aquí en adelante, parcial necesariamente por las condiciones impuestas a una reseña, será poner las bases para propiciarlo. En este sentido me sumo a las intenciones de Ángel Méndez que en la introducción, titulada: “Discurso alimentario: superposición de temas”, dice lo siguiente: “Me dirijo a mis lectores como a quienes comparten una misma mesa: primero hablo como *cocinero dirigiéndome a otros cocineros* (es decir, colegas teólogos dentro de mi propia tradición o cercanos a ella, y también colegas teólogos en otras tradiciones, a quienes aliento a crear diferentes tipos de teologías alimentarias); también como *cocinero me dirijo a los que participan de este banquete* (es decir, a lectores de esta teología alimentaria, participen o no de la tradición católica); y también como *anfitrión que se dirige a sus invitados* (es decir, como maestro y fraile dominico que ofrece esta teología alimentaria a quienes la puedan recibir y disfrutar de manera compartida...)” (36-37).

Para comenzar a alistar los ingredientes, en primer lugar, quisiera detenerme en la primera parte del título del libro de Ángel Méndez Montoya: *Festín del deseo. Festín*, como se sabe, viene del francés *festin* que significa festejo particular, con baile, música, banquete u otros entretenimientos. Tanto *festin* como nuestro término, en español, *fiesta* vienen del latín *festā* que significa celebración solemne que rompe con la dinámica laboral diaria. Tanto para el festín como la fiesta puede pensarse el carácter extraordinario, fuera de lo ordinario,

de la celebración que se acompaña con entretenimiento, baile, música y comida. Sobre todo, de esto último. Todos los elementos reunidos, además de exaltar la alegría de los que festejan, muestra que con el cuerpo que baila al ritmo de la música y se llena de las viandas ofrecidas en el banquete, también se traspasa la frontera hacia el otro y lo Otro. Que se llame *Festín del deseo* el libro de Ángel Méndez Montoya me hace pensar en que se trata tanto del deseo que festeja como del deseo que se festeja. Deseo, del latín *desidium*, significa movimiento afectivo hacia algo que se apetece conocer, poseer o disfrutar. A través de la alimentación, como sucedía y sucede en el sacrificio de comunión, se entabla una relación con Dios. El deseo que festeja es el hombre. El deseo que se festeja es el deseo de los hombres por entrar en comunión con Dios. “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán saciados” (Mt 5, 6), dice el Evangelio. Cristo, propone Ángel Méndez Montoya, es maestro del deseo. Nos enseña a desear. Pero no me detengo más en esto para adelantar en la comprensión de la segunda parte del título del libro, *Hacia una teología alimentaria*.

La obra fue escrita en inglés. El título dado en esta lengua fue *The theology of Food: Eating and the Eucharist*, recuerda la traductora. En español podría pensarse como *La teología de la alimentación: comida y Eucaristía*. Extrañé no se mencionara en la traducción al español del título el modelo y el centro de esta teología de la alimentación, tal como lo señala Ángel Méndez Montoya: la Eucaristía. En fin la traducción elegida para *The theology of food* fue *Teología alimentaria*. Y mientras en inglés se nos arroja de lleno a la propuesta del libro, a aquello que quiere ofrecérsenos, en español se nos propone una reserva, *Hacia una teología alimentaria*. ¿Qué significa este *Hacia*? La reserva dada en nuestra lengua queda justificada porque no es esta teología alimentaria la única que puede hacerse. Ángel Méndez Montoya lo señala cuando pide y alienta como cocinero que se dirige a otros cocineros, a teólogos tanto de su tradición religiosa como de otras, “a crear diferentes tipos de teologías alimentarias”, como recordaba hace algunas líneas cuando me sumaba a las intenciones de nuestro autor.

Queda claro que la tesis va en el título. La teología alimentaria a la que apunta la obra de nuestro autor incluye o supone el festejo, desde la comida y el cuerpo, como se destaca en los títulos dados a sus capítulos, como el ejercicio científico de entender el deseo y la alimentación desde la teología. Pero no sólo esto. Es un intento por que la teología no sólo se ocupe de las cuestiones relativas a los alimentos, sino que se construya como alimento. Y he aquí la definición de *Teología alimentaria*. “A esta práctica dual, la he denominado –dice Ángel Méndez Montoya–, *teología alimentaria*. Al volverse ‘alimentaria’, la teología puede profundizar la conciencia de cuestiones referentes a los alimentos, y –a la vez- re-orientar la dimensión de la interdependencia entre las comunidades humanas, entre la humanidad y la ecología y entre la creación en su totalidad y Dios” (29). De esta manera queda de manifiesto la vocación de la teología (y en esto consiste el argumento central de su libro), “llegar a ser una forma de nutrir al pueblo. [porque] Al hacerlo imita el gesto nutriente del compartir de Dios” (42), que en la tradición católica se da en la Eucaristía, que no es sino acción de gracias, sacrificio de comunión y fiesta. Sólo así es viable dirigirse al otro, al hambriento de Dios y de pan, saciar su hambre y crear un verdadero convivio.

“Los alimentos, pues, se pueden considerar como un *locus theologicus*” (28). Así las cosas, el modo como se preparan los alimentos pasa a ocupar un lugar preponderante en esta propuesta. Me refiero a la cocina que Ángel Méndez Montoya define como “una forma de comunicación alimentaria, lingüístico-discursiva y simbólica que le da forma a las comunidades y a las culturas según el lugar y el tiempo” (54). Atendiendo esto la relación entre humanidad y divinidad, por medio de los alimentos, arroja luz sobre lo que significa vislumbrar una práctica teológica que alimente, que sacie el hambre que de Dios tienen los seres humanos. He aquí de nuevo la consideración del deseo. Y se entiende porque, como también señala nuestro autor, desde la perspectiva principalmente católica la cuestión alimentaria tiene una importancia tal que Dios se convierte en alimento para la humanidad, siendo el pan nuestro de cada día, dado en la Eucaristía. La propuesta se basa en “una visión de Dios como superabundancia y –a la vez- como el auto-compartir intra-trinitario de amor, verdad, bondad y belleza que nutre” (28). Que se diga que Dios como superabundancia y como auto-compartir intra-trinitario nutre no ha de malentenderse, creo yo. Que se diga teología alimentaria y no alimenticia indica, desde el comienzo, que no se reduce el papel de los alimentos y de la teología como alimento a la tan manida nutrición con la que se quiere explicar todo lo que ocurre en las entrañas después de comer, porque lo que ocurre es muchos más que la síntesis de los nutrientes. Dicho de otra manera, el pan eucarístico, signo y símbolo de alegría, no sólo nutre (insisto en esto y lo pongo a consideración del autor), saciar el hambre y el deseo de comunión con Dios, cosa aún más importante, y con consecuencias éticas y políticas.

Por último, quisiera mencionar que la teología alimentaria es una mezcla de ingredientes, hemos de admitirlo, heterogéneos, como los utilizados para preparar el mole, modelo metafórico utilizado por Ángel Méndez Montoya para referirse a ella. Vaya, en él mismo se da la mezcla de ingredientes, diríase académicamente, se da la *interdisciplina*. Para constatarlo sólo basta con leer lo que en la contraportada se nos dice de él: “Ángel F. Méndez Montoya transita entre la coreografía, la filosofía, la teología, la antropología, la literatura, el film y la gastronomía, mezclando alquímicamente la corporeidad con la afectividad y el intelecto, lo imaginativo y lo creativo con la teoría y la praxis”. Pero no sólo es una mezcla la teología alimentaria, sino una cocina, pues transforma esos ingredientes en alimento para todos.

Querétaro (México), marzo 04 de 2018